

taba su supersticioso temor; y llegando con asombro cerca de su persona, remitieron el conocimiento de su ser al examen de unas circunstancias propias de su barbarie: medianle las manos, el rostro, y todo el cuerpo, proporcionándole con los suyos, pero todo produjo el efecto de rogarle con el ospedage, sin acertar á separarse de su lado. Esta fue la única vez en que los Gentiles resolvieron darle muerte, y en la que la Providencia le defendió de un modo tan raro: antes habia llegado hasta aquel puesto, tropezando con esqueletos y cráneos humanos; vestigios y restos crueles de las hostilidades recíprocas de aquellas Naciones infelices.

¿Queréis, señores, conocer la firmeza de su fe y la serenidad de su corazón? Pues escuchad: empeñado una vez en descubrir Gentiles se internó por las cenagosas riberas del caudaloso Río Colorado, y desmontado del caballo, se huyó á éste. ¿Qué pensamientos, considerais, debieron ocupar en esta vez su espíritu? Un hombre solo, perdido en un terreno pantanoso, destituido del caballo, único alivio de sus fatigas, sino más viatico que una escasa porción de maíz, próximo á la noche, expuesto á la voracidad de las fieras, apartado más de noventa leguas de su Mision, ¿no era muy natural que se sintiese agobiado del peso de muchas reflexiones melancólicas? ¿Qué haría uno de nosotros en semejante lance? Pues Garcés, señores, sin fixar su atención en otra cosa que en el fin de sus peregrinaciones Apostólicas, ni se alige, ni se con- turba, ni medita los innumerables peligros que le cercan. Siguió serenamente, empeñado en averiguar si aquellas aguas tenían curso, y hacia donde: si eran de algún río ó del mar. Este solo pasage de su admirable vida incluye un agregado de circunstancias tan raras que yo bien podré insinuarlas; pero no las amplificarlas. Fatigado del hambre aquella tarde tropezó con el alimento más regalado que le tenia dispuesto la Providencia; halló d'igo, una mata de melones sazonados, con que satisfizo á su necesidad, pero sin llevar consigo ni una leve porción de sus frutos. ¡Oh fe admirable! ¡Oh confianza filial y heroica! Siguió su rumbo: finalmente su humildad, que siempre le hizo hablar de sí quanto menos pudo, no nos informa de las fatigas que debió sufrir en esta vez; solo expresa que ha-

biendo caminado todo el día vió venir hacia sí al caballo por un rumbo, dice, totalmente diverso del que yo llevaba (1). ¡Gran Dios! ¡Qué pruebas tan multiplicadas de la fidelidad de vuestras promesas! ¿No pudieron ser el Misionero y el caballo, pasto de las fieras que pueblan aquellas soledades? ¿Este cúmulo de circunstancias prodigiosas tiene alguna cosa que se equivoque con las contingencias? Estas experiencias eran las que ministraban á Garcés las expresiones más elocuentes y bellas, para desvanecer con una fuerza invencible, pero con una modestia peregrina, las censuras con que alguna vez se le arguyó desaprobando sus resoluciones, no en la sustancia, sino por el modo.

Si yo presumiese, señores, en vosotros, una disposición para sufrir las arideces de mi estilo, tan constante como la que percibo en mi corazón, para repasar con los sentimientos más dulces de ternura, de admiración y de respeto la historia de este Varón Apostólico, no me resolvería en este instante á proporcionar vuestro descanso, tratando de poner fin á mi Discurso con la posible brevedad. Como las repetidas experiencias le habian confirmado en la satisfacción de que veía sobre su persona una providencia particularmente amorosa, jamás hubo peligro á que no se expusiese la firmeza de su corazón, para satisfacer á su zelo: veis aquí, señores, la prueba de que estas resoluciones no eran temerarias. Faltando en cierta ocasión á la bestia en que se conducía Garcés el aliento que sobraba al Misionero, murió dexándole á pie en un páramo, donde sobre los demás accidentes que dexó á vuestra consideración, sobresalía el peligro de que le insultasen los bárbaros Apaches: en efecto, repentinamente se halló rodeado de estas fieras racionales; y quando debía esperar una muerte cruel, experimentó que con una humanidad, que en ellos es muy extraña, le preguntaban por el caballo. Instrúyeles de su accidente, y señalando el rumbo donde quedaba muerto, despachan algunos de aquellos bárbaros que conducen la silla, le proveen de cabalgaduras y le acompañan hasta ponerle en el camino de su Mision. ¿Podré yo sin

(1). Diario de 1771.

una justa censura omitir la amplificación de este prodigio? Reflexad, señores, que Garcés había acompañado una expedición militar en el mismo país de estos enemigos, que ellos conservan tan tenazmente las especies de los objetos (1), que no le desconocieron, sin duda en esta vez; sin embargo estos mismos feroces enemigos, que poco tiempo despues dieron muerte cruel á otro de nuestros Misioneros, sin mas interés que el de apagar la sed de su crueldad (2), veneran en esta ocasion á Garcés, le sirven fielmente, y le conducen hasta unos términos, donde sin extravíos prosiga su camino. ¡Grán Dios! ¡Que tenacidad de entendimiento será necesaria para llamar casualidades á un cúmulo de sucesos que nada tienen de comunes!

Reservo, señores, la mayor parte de quanto ilustra la vida de este insigne Varon: ¿Qué os puedo yo decir de aquella oracion jamas interrumpida, en lo mas molesto de sus viajes? (3) ¿De aquella modestia con que reusaba su regreso á este Seminario, temeroso ya de los aplausos debidos á sus hechos que ocuparon la atencion de aquel Monarca verdaderamente grande el augusto Carlos III. digo, que se dignó mandar se le diesen las gracias por sus importantes servicios en su Real nombre (4), no tanto por la extension que añadía

(1) No dudo que la noticia con que voy á fundar esta congetura será increíble para algunos; para mí, que por el espacio de catorce años que viví en aquel país, donde nací, la observé innumerables ocasiones, está fuera de toda duda. Nos hacen, pues todas aquellas Naciones unas ventajas tan grandes en la viveza de sentidos que parecen increíbles. Con una vez que ellos reflexen atentamente en la contestura de los pies de una persona, la descubrirán por las huellas entre los vestigios de otras muchas, hasta encontrarla; y este es el motivo porque los mismos bárbaros quando huyen despues de haber cometido algun insulto procuran hacerlo por terreno cubierto de yerba, donde no dexen impresas sus plantas. La perspicacia de su vista es tanta que siguen una pequeña abeja (son mucho menores las de América que las de Europa que he tenido en mis manos) hasta descubrir el panal. Esto, y otras mil cosas que pudiera decir, es admirable; pero es igualmente cierto. Quando esto no arguya, que los Apaches conocieron esta vez al V. Misionero sobra para congeturarlo la noticia que generalmente tenían de él todas las Naciones bárbaras, como especialmente consta en sus Diarios, y así se deshace la réplica, de que siendo excesivo el número de los Apaches, pudieron ser los que le hallaron en esta ocasion algunos de los innumerables, que no le conocian de vista, pues le conocian por noticias.

(2) El V. P. Pr. Apostólico Fr. Felipe Guillen, hijo de la santa Provincia de Valencia, y natural del mismo Reyno, á quien mataron á lanzadas los Apaches en la raya de la gentilidad en la Provincia de Sonora, el día 27 de Abril de 1778.

(3) R. P. Presidente Fray Francisco Barbastró: Memorias para servir á la historia de Sonora.

(4) Véase la nota que inmediatamente sigue donde se satisface á este reclamo, á que no da lugar aqui la poca extension del papel.

al número de sus vasallos, quanto por las almas que congregaba al redil de la Iglesia: así se lo insinuaba en una carta el Excelentísimo Señor Bucareli, Virey entonces de esta Nueva España, cuya piedad hizo siempre la mayor estimación de este ilustre Misionero (1). ¿Cómo os he de comunicar unas fundadísimas congeturas de que el Señor habia depositado en este siervo suyo, entre otras, tambien la gracia de curación, por medio de la imposición de sus manos y palabras del evangelio, como se puede inferir de la frecuencia, con que en medio de las Naciones mas bárbaras le instaban los enfermos para que les pusiese las manos y rezase sobre sus cabezas (2). Todo esto y mucho mas, omitiré, para no abusar de vuestra paciencia.

Porque, si de estas pocas noticias no tomáis motivo para calificar de verdaderamente evangélica la vida de estos quatro Misioneros ilustres, yo me consideraré destituido de medios para persuadiroslo. Es verdad que los Sacerdotes debemos, conforme á la doctrina de San Pablo, formar con nuestra vida un espectáculo de complacencia para los ángeles, de repreension para el mundo, de admiracion y exemplo para los hombres, de modo, que viviendo en medio de ellos, manejando familiarmente las ascuas, palpando sus heridas, ni nos contagien sus costumbres, ni nos quemén sus llamas, ni nos enfermen sus humores. ¿Pero quanto mas difícil es formar este espectáculo en medio de unos Pueblos bárbaros? ¿Qué abstinencia

(1) Carta del Excelentísimo Señor Virey Don Antonio de Bucareli al V. P. P. Apostólico Fr. Francisco Garcés. Con fecha de 3 de Mayo último me previene de orden del Rey, el Ilustrísimo Señor Don José de Galvez lo siguiente. En la Carta de V. E. de 27 de Enero de este año, y en la que incluye del P. Fr. Francisco Garcés, ha visto el Rey con mucha satisfaccion las noticias que da este Religioso de sus peregrinaciones desde el Rio Colorado á la Mision de San Gabriel, y de ésta al Moqui, atravesando por Naciones desconocidas. Espera S. M. el Diario que tiene ofrecido, y manda que en su Real nombre de V. E. las gracias al P. Garcés, por el zelo y fervor con que se emplea en descubrir, tratar, y atraer Naciones tan ignoradas. Cuya Real resolucion traslado á V. R. dándole las gracias á nombre del Rey por el teson con que sin perdonar fatiga se dedica V. R. á introducir la semilla evangélica, y el vasallage al Soberrano en tan remotas distancias. Dios guarde á V. R. muchos años. México 9 de Agosto de 1777.

(2) Tuve mucho que rezar (dice el V. Garcés) pues no habia manco, ciego, enfermo ó cansado, que no viniera y me rogara que le pusiera las manos y le rezara, y entonces les decia un santo Evangelio ó el Magnificat, y esto fue continuo hasta que volví á los Jamajabs, en toda la tierra de los Yavipais (estos son Apaches que habitan en los 36 grados). No pude advertir de donde se originó esta expresion y ansia que manifestaron por lograr la salud. Diario del Moqui, día 27 de Junio de 1776.

cia sería necesaria para edificar á unos hombres acostumbrados á vivir con raíces, yerbas y semillas de heno? ¿Qué aspereza sería suficiente para dar exemplo á unos Pueblos acostumbrados á resistir el frío con la desnudez? Sin embargo mas de una ocasión vieron aquellas Naciones con asombro, especialmente á nuestro Garcés. En sola una palabra incluían aquellos barbaros un elogio tan completo de sus virtudes, que no será fácil añadirle expresiones que aumenten su energía y su valor: solo tenia treinta años de edad quando le llamaban los gentiles el Viejo. Esta senectud no pudiendo ser la de los años consumidos en una vida inútil, en cuyo mérito nos hacen incomparables excesos los troncos rudos de las selvas y los peñascos de los montes, era sin duda la de una vida immaculada, que conforme á la expresion del Espíritu Divino, es la ancianidad verdaderamente respetable y la que en pocos años de vida, forma un tesoro de virtudes, cuya perfeccion exigia una série dilatada de tiempos.

Si, señores, la ancianidad trae consigo cierta recomendacion y sospecha de provida, y la misma naturaleza parece esforzarse á que formemos este concepto, representándonos en la blancura venerable de las canas, la candidez á que deben haber llegado las costumbres: pero estas reflexas que son obvias en medio de un Pueblo culto, donde con los primeros alimentos del cuerpo se va nutriendo el espíritu de los niños con los sentimientos de la humanidad, de la razon y de la virtud; donde se forma el corazon de los jóvenes sobre el modelo de la ley inalterable del Señor: estas reflexas, digo, tan obvias en las expresadas circunstancias, no pudieron ser en medio de unos Pueblos barbaros, sino efectos de unas virtudes admirables: semejante veneracion é idea tan peregrina no se formó de otros elementos, que de los del exemplo. Veian ellos á un Religioso, que en una edad floreciente no tenia movimiento que no fuese regulado por los preceptos de la virtud: la prudencia en sus consejos, la justicia en su proceder, la fortaleza en emprender marchas que sobresaltaban los corazones de los mismos barbaros, la templanza en el uso moderado de sus mismos alimentos. Admiraban en él una mansedumbre dulce, una afabilidad suave, una

constancia firme y una austeridad rígida, solo respecto de sí mismo. En sus ojos vivia de asiento la modestia, en su lengua el silencio, en sus oídos la paciencia para sufrir y satisfacer sin alteracion á las repetidas preguntas de aquellos Pueblos ignorantes: en sus manos la liberalidad que no reservaba ni lo necesario para sí. Pero sobre todo admiraban en él una castidad tan peregrina que muchas veces hicieron de ella las pruebas mas terribles con expresiones, con señas, con ofertas, y con otros medios, cuya individuacion, ni debe tener lugar en mis labios ni ónder la modestia de vuestros oídos. Pero que admiracion resultaba en ellos, y qué grados añadía á su concepto y á su veneracion, una virtud que es superior á la naturaleza, quando no está sostenida de la fe y de la gracia! Los mismos barbaros lo manifestaban con las expresiones mas vivas de asombro. Todas estas virtudes y otras muchas cosas, quizá de mayor entidad, ocultas en su silencio: *multa abscondita sunt majora his, pauca enim vidimus operum ejus*; todas, digo, eran frutos de aquella fe, con arreglo á cuyas máximas sacrificó la vida Garcés, así como sus ilustres compañeros: *juxta fidem defuncti sunt omnes isti*; y todas igualmente prueban, que cada uno de ellos practicó una vida verdaderamente evangélica, glorificando á Jesuchristo en sus cuerpos; tanto por medio de la vida, *mihí enim vivere Christus est* (1); como por medio de la muerte fundadamente preciosa; *et mori lucrum* (2); que es lo que va á ocupar un ligero espacio de tiempo vuestra atencion en la

SEGUNDA PARTE.

En esta misma mañana, señores, y casi en esta hora misma (3) se consumó el sacrificio de los VV. PP. Garcés, y Barreneche, habiendo precedido el de sus dos ilustres hermanos el día 17 del presente mes tambien á la mitad del día. El momento de la muerte, tanto como el hallazgo de sus cadáveres, estan adornados de unas circunstancias admirables. Figuraos,

(1) San Raul. Ad Philip. cap. 1. (2) Idem, ibidem.

(3) Así lo expresa la certificacion que bajo la Religion del juramento remitió el Teniente Coronel Don Pedro, Fages, tanto sobre las circunstancias de la muerte, como de la inyeccion de los cadáveres, después de cinco meses.